

Vuelo

Susana Arroyo-Furphy

Por la mañana, temprano, como siempre que me preparo para viajar, ya tenía todo el equipaje listo: una maleta grande y una pequeña con mi bolso y espacio para mi computadora portátil, así como para un suéter ligero pues a veces los aviones tienden a dejar el aire acondicionado muy frío.

Salimos las niñas y yo en una especie de despedida, compramos algunos ingredientes para preparar, antes de mi viaje de partida, la deliciosa Spanakopitta y que a Ivy le encanta. Al regresar no advertimos que Itto, el perrito, había sustraído mi viejo suéter y lo llevó a su camita. Era su señal de despedirse de mí un poco enfadado pues hemos hecho muy buenas migas.

Y ahora sí, la despedida. Me llevaron al aeropuerto y entre lágrimas, promesas de Skype inmediato, bendiciones y sonrisas que contenían emociones, algunas tristes, otras de esperanza... las vi alejarse. Les pedí que me dejaran ahí al lugar que es el punto de despedida para todos. «Nadie que no sea pasajero puede pasar esa línea» y se siente uno como yendo al más allá, a la nada, al viaje –quizá– sin retorno. No se sabe. En fin, les había pedido que se fueran, que no se quedaran ahí, llorosas, estáticas como dolientes, como queriendo retenerme, como deshaciendo ese leve pero fuerte lazo invisible que nos une y nos unirá hasta la muerte.

No me hicieron caso y las vi en su modo estatuario y levanté el brazo y con la mano me despedí para verlas... quizá pronto.

Enjuagué mi llanto y limpié los lentes que para ese momento ya estaban bastante empañados y me distraje (primera distracción), así que ese aeropuerto barcelonés que siempre me engaña lo hizo de nuevo. Pasé a una fila que no era la mía, claro. Regresé.

Tania me había dado algunas bolsas de plástico que contenían productos de su empresa para la limpieza de mi hogar. Mal momento de los productos, todo era casi visible. Me sentí como demostradora de Avón, Tupperware o Stanhome, ¿quién recuerda Stanhome? Yo, claro. Otro error. Así que tras la (segunda) distracción fui a la mesa de Informes y me miraron como si fuese tonta, «está ahí, frente a usted» me dijo una no amable catalana con su acento sombrío.

Me giré con todas esas bolsas de plástico, mi compu al brazo y la maletita con ruedas que siempre me ha acompañado y a veces va llena, verdaderamente llena y otras, como ahora, casi vacía. ¿En qué momento podré tener tiempo para acomodar algunas cosas de la bolsa de plástico en mi maletita?, pensé meditabunda pero concentrada, no quería que otra distracción me hiciera presa de un nuevo descontento catalán.

Así llegué, afanosa y llena de cosas a la sala de partida y advertí que era la primera pasajera, lo cual me encantó pues siempre he preferido estar en la primera fila, hasta adelante, ya que como soy bajita la gente alta me impide la visibilidad. Iba a acomodar mis cosas cuando preferí guardar los anteojos pues ya no los necesitaba. Mis niñas ya no estaban detrás, no había nada en la distancia que pudiera atraerme. Me senté y... toda la gente llegó casi de inmediato. Para mi sorpresa ya estaba la tripulación y se disponía a pedir los pases de abordar. No quise que nadie me ganara, con rapidez saqué el pasaporte y el pase, me preparé, tomé mis bolsas, mi compu... y llamaron a los pasajeros así que: fui la primera, ¡yupi!

Entré por la puertecita, un pasillo, escaleras, otra puertecita, mmm... no abre, pero si intentara, ah, abrió... y entonces había otro grupo de gente que se unió a mí por otra puerta, qué raro, pensé. Un poco amontonados, todos, ahora, nos subieron a un pequeño autobús. Con una rapidez impresionante ya estábamos

unas cien personas en el autobusito, apretados, un tanto incómodos. A lo lejos vi cómo nos alejábamos sorprendentemente de mi avión, ¿era mi avión? Sí, Singapore Airlines. Pero, ¿habría otro, quizá?

El busito iba rápido hasta que se detuvo frente a un avión pequeño: Finnish Airlines. ¿Finnish?, pensé. ¡Qué raro! ¿Un avión de Finlandia nos llevará a Singapur? Esto es de lo más extraño, pensé. Le preguntaré a algún camarada. No, Susana, no son camaradas, son pasajeros de viaje como tú, me dije. Le preguntaré a ese rubio, ah, todos son rubios, advertí. Pero, ¿por qué todos estos rubios van a Singapur en un avión de Finlandia?

Anyway, continué con mi breve estancia en el busito y nos subieron por las escaleritas al avioncito, sí, todo pequeño. ¡Raro, raro! Todo es pequeño. Los aviones de Singapore son enormes... algo anda mal.

Al subir las escaleritas me encontré con una rubia azafata muy linda y entonces sí decidí preguntar: ¿Este avión va para Singapur? Ella abrió los ojos más grandes que he visto y me contestó con rapidez vertiginosa: ¿Cuántos más hay contigo? No, yo solita, respondí.

La chica me tomó del brazo, habló con otra, no me soltaba, luego, con un joven, me bajaron entre todos: con permiso, *excuse*, ¡pronto! «Esto es una emergencia», dijeron. ¿Emergencia?, pensé. ¿Me he vuelto a distraer? Oh, no...

Los momentos siguientes fueron de agonía. Yo, Susana, paseando por todas las pistas en un cochecito, sí, todo muy pequeño, excepto mis distracciones. De pronto me vi en el «gusano» que lleva los pasajeros como una garganta hacia las fauces del avión. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! Rodeada de empleados del aeropuerto y de las aerolíneas ahí estaba Susana, sí, cuando digo Susana me refiero a mí. Ahí estaba yo paradita

llena de bolsas de plástico, computadora, maletita rodante, todo lo mío excepto mi equipaje que ya se iba... SE IBA... el avión grande, enorme de Singapore Airlines se iba frente a mis ojos y se iba sin mí. Entonces me puse triste, casi lloraba. Una mujer empezó a gritarme en el muy estilo catalán. Yo la miré y le dije que se calmara, que no había sido mi culpa, seguía gritando y yo la tomé del brazo y le grité: ¡Calma! Creo que reaccionó.

Entonces todos hablaban quedito entre ellos, llamaban al avión de regreso. Algunos me daban palmaditas en el hombro y me trataban de calmar, pero yo realmente estaba serena, triste, pero serena. Veía cómo se iba mi avión, sí, mi avión con mi equipaje. Mientras esto ocurría pensé: me presentaré de nuevo en las calles de Calatrava y tocaré el timbre y les diré a mis niñas: ¡Lala! Aquí estoy de nuevo. No, no puedo hacer eso, quiero irme, no soportaría otra despedida y otra vuelta al aeropuerto.

Y entonces ocurrió lo que jamás imaginé: el avión retrocedió, sí, Sí, vino en reversa hacia mí. Abrió la puertecita que se abate y la colocaron delicadamente en el cuello-gusano para que se acomodara como si fuera una cucharada de sopa. Y vi ocho manos con sus brazos esperándome como diciendo: ¡Salta! La mujer que había perdido la calma se controló, todos me ayudaron de este y del otro lado. Unos me empujaban suavemente y otros me recibían con delicadeza. Simplemente brinqué al otro lado para ser devorada por la garganta del avión. Me llevaron al asiento, me quitaron mis cosas y acomodaron todo. Sentí frío. Mi suetercito viejo... ah, Itto...

¡Fiu!, pensé, nadie me lo va a creer. Y menos aún cuando el hombre elegantemente vestido de la aerolínea singaporense se acercó a mí y me dijo: ¿Una copa de champagne?